

# Ellacuría y compañeros mártires

Pedro Trigo, s.j.\*



Nosotros, que fuimos sus compañeros en multitud de reuniones, que compartimos su postura y sus proyectos, que seguimos siendo sus amigos y hermanos, queremos rendirles el homenaje de celebrarlos, aunque son ellos quienes nos honran cuando nos asociamos a su memoria

El 16 de noviembre hizo veinte años del asesinato de los jesuitas de la comunidad de la Universidad Centro Americana Simeón Cañas de San Salvador, de la cocinera de la comunidad y de su hija. Sus nombres: Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Joaquín López y López, Amando López, Juan Ramón Moreno y Elba y Celina Ramos. Los mató el ejército por el delito de motorizar la postura de la universidad, de compromiso netamente popular, desde su condición universitaria ejercida con todo rigor científico. Cada uno tenía relieve propio y cubrían áreas diversas y complementarias, desde la sicología social a los derechos humanos, pasando por la pastoral y la dedicación a Fe y Alegría. Por eso su asesinato hirió de muerte la presencia jesuítica en la Universidad.

Pero el motivo frontal de su muerte fue que querían matar a Ellacuría y ellos eran sus compañeros y la masacre serviría de escarmiento. La muerte de las mujeres fue para no dejar testigos. Nos preguntamos por qué decidieron matar a Ellacuría, sabiendo que era una persona pública con amplísimos contactos y que tendrían que pagar un precio muy elevado. Para eso vamos a evocar esquemáticamente su vida. Vamos a referirnos a tres referencias, tres relaciones y tres realizaciones.

Comenzamos evocando tres referencias constitutivas: la primera es sin duda el Dios de Jesús y Jesús de Nazaret. Ellacuría era una persona creyente, un creyente adulto, que por eso vivía con autonomía responsable en la presencia de Dios, sabiendo que vivía ante el Misterio indisponible y por eso sin ningún derecho ni mérito ante él, con gratuidad y confianza, sabiendo que el Misterio es de misericordia, sintiéndose exigido por él, porque es un Dios Liberador. Ante ese Dios se sabía nada y le oraba con confianza. Ellacuría era seguidor de Jesús, compañero de Jesús en la mínima Compañía de Jesús, continuador de su misión con su Espíritu. Éste es el fundamento de su vida y el principio de su obrar.

De esta referencia de fondo procede la segunda referencia: el pueblo, en concreto el pueblo

salvadoreño, que fue el destinatario de sus desvelos, un destinatario no sólo receptor sino sujeto social personalizado, a cuyo servicio se puso para que creciera en sus diversas expresiones, sobre todo en sus organizaciones sociales, que él siempre sostuvo que eran más densas que las organizaciones políticas, que sólo llegarían a ser realmente democráticas cuando estuvieran presionadas por las organizaciones sociales realmente de base, entre la cuales contemplaba a las comunidades cristianas. Sólo desde este tejido social podrían emerger y desarrollarse auténticos partidos populares. Él tuvo siempre respeto al pueblo y por eso nunca lo sacralizó.

La tercera referencia constituye el nivel de realidad que él cultivó de preferencia: el ámbito intelectual. Eso fue Ellacuría, un intelectual comprometido, pero no en el sentido de hipotecado a un partido, sino desde el anclaje popular y la identidad cristiana. Tuvo una gran capacidad de elevar a concepto la realidad y, en ese sentido, de darla a luz. Su pensamiento es a veces complejo, pero siempre claro y coherente y, sobre todo, pertinente, certero.

Queremos destacar en segundo lugar tres relaciones fundantes o tres personas que frecuentó y que le dejaron mucha huella. La primera es el teólogo alemán Karl Rahner, su profesor en Innsbruck, que aunaba filosofía contemporánea y teología, un pensador de cuestiones y disputas que estaban en el ambiente, un pensador orgánico, que se movió a nivel de teología fundamental y más todavía de lo más fundamental de la teología y no de distinciones de escuelas. Todas estas características las compartió Ellacuría, aunque, más que su maestro, pensó como toma de postura en la sociedad y no sólo en la Iglesia o la academia y como fundamentación y sistematización de acciones.

La segunda relación, el filósofo Xavier Zubiri, fue mucho más duradera y dejó huella evidente en sus escritos. Zubiri pidió al Padre Arrupe que liberara a Ellacuría para que fuera su secretario y, aunque no a tiempo completo, si lo fue varios meses al año. Zubiri le entregaba sus manuscritos

y él le hacía anotaciones que eran concienzudamente revisadas antes de ir a la imprenta. El situarse en la realidad con todos sus armónicos no sólo da el talante de su pensamiento y de su persona sino que influyó en todo su entorno, comenzando por Jon Sobrino.

La tercera relación, la de Monseñor Romero, fue la más profunda, tanto que lo llevó a trascender en lo que caracterizamos como su referencia fundante. Como cristiano fue discípulo de Monseñor y a través de él llegó a concretar mucho más muchas apreciaciones suyas. Ante todo Ellacuría captó la densidad de su figura, comprendió que Monseñor Romero fue un enviado de Dios, que a través de él Dios pasó por El Salvador. De ahí derivó su atención a todo lo que hacía y decía, no ante todo como un analista sino como un discípulo. Desde esa perspectiva colaboró con él.

En tercer lugar vamos a considerar tres realizaciones trascendentes: la primera fue ayudar a que sus compañeros jesuitas centroamericanos asumieran el Vaticano II desde Medellín. Lo hizo de múltiples maneras en diversas reuniones y sobre todo a través de unos Ejercicios Espirituales. Obviamente que no fue el único, pero sí ayudó, digamos, empujó, de un modo bastante apreciable.

Su segunda realización llena los años de madurez de su vida, que los vivió como rector de la Universidad Centro Americana Simeón Cañas en San Salvador. Ahí sí que su impronta fue decisiva. Consistió en lograr que cada facultad enfocara su especialidad en hacerse cargo y encargarse de ese tema en el país. Ante todo diagnosticar su estado y luego proponer transformaciones superadoras en planes viables. Ese esfuerzo entrañó la necesidad de hacerse profesionales eximios en cada uno de los campos para poder hablar y planificar con solvencia; pero entrañó, no menos, un hablar situado y responsable y no un disertar abstracto. Como se vio por las consecuencias, un modo de concebir la universidad muy expuesto, aunque muy fecundo.

Su tercera realización fue la que le costó la muerte. Ya insistimos que Ellacuría tenía una gran capacidad de ver claro la situación. Pues bien, a los seis meses de comenzar la guerra comprendió que el ejército nunca iba a derrotar a la guerrilla porque no representaba al país sino sólo a la oligarquía, pero que tampoco la guerrilla podría derrotarlo, porque lo apoyaba Estados Unidos. Por eso vio que, cuanto más durara la guerra, más se destruiría el país física y humanamente. Por eso se dedicó a hacer posible la paz. No excluyó a nadie: desde el Departamento de Estado de USA, hasta las asociaciones empresariales salvadoreñas, el partido que las apoyaba, el gobierno, los sindicatos, los partidos de izquierda, la guerrilla. Habló sistemáticamente con todos, siempre desde la perspectiva del pueblo, para que cediendo algo cada parte, pudiera lograrse un consenso mínimo respecto del país, que significara el fin de las hostilidades. Lo mataron porque estaba empezando a convencer a altos mandos del ejército. Lo mataron los militares que vivían de los dólares de apoyo de USA, encompinchados con los oligarcas que sólo sabían vivir en un país de su propiedad.

Los mataron y, ciertamente que sus asesinos lograron crear vacío. Pero viven con el asesinado en el Calvario y su propuesta sigue siendo de muchos modos significativa. Es sintomático que veinte años después de su martirio el Presidente de El Salvador haya subido apoyado por el Frente Farabundo Martí, al que nunca perteneció y que se hayan pasado a su política varios congresistas de Arena. Dios quiera que despunte por fin la paz por la que fueron sacrificados.

\* Miembro del Consejo de Redacción.

## QUEDA LA PALABRA

Hoy venimos, Señor, ante ti a llorar en tu presencia  
la muerte de nuestros hermanos  
En esta guerra sucia, triste, inacabable  
muchas familias, las más de ellas populares  
de golpe tienen que enfrentarse un día ante el cuerpo  
acribillado  
del esposo, del hijo, del padre, de los niñitos pequeños  
y entonces el pánico, las movilizaciones, la  
incertidumbre  
la pesadilla que casi se vuelve costumbre  
se transforman en pasmo, en un hueco  
que todo lo vuelve irreal  
Decimos: ¡No puede ser!. Te decimos: ¡Dios mío!  
y andamos como sonámbulos. No podemos ni llorar  
Y sin embargo tenemos que seguir viviendo  
tenemos que aprender a vivir en esa brusca soledad  
Hoy nuestra compasión no es una elaboración refinada  
padecemos como tantos otros; y son nuestros muertos  
comunes  
quienes guían nuestras miradas y nos llevan a  
reconocernos  
a abrazarnos: esa es la fuente sencilla de nuestra  
solidaridad  
No somos mirones, ni analistas, ni gente comprensiva  
que busca ayudar. Somos deudos, somos dolientes  
La guerra, siempre criminal, nos ha destrozado la casa  
La guerra no son escenas de televisión, ni estruendos  
de bombas  
ni rastros de sangre en la calle, ni entierros de gente  
cercana  
La guerra es ya también masacre en nuestra familia  
Por eso estamos seguros de que nada la puede  
justificar  
Nuestros muertos valen más que las consignas de los  
contendientes

Murieron como todos: por las balas asesinas  
Pero no murieron porque estaban en el lugar del  
ataque  
Los vinieron a buscar. Organizaron un ataque tan sólo  
para matarlos  
Los jefes dieron la orden porque no pudieron soportar  
esas voces desarmadas  
Lo suyo es atacar al enemigo armado y repeler el  
ataque  
Su negocio es la guerra y su razón de existir  
No pudieron soportar los argumentos  
Esas voces libres, más allá de la ofensa y del temor  
les producían una inseguridad insufrible

su propuesta tenaz de sentarse a negociar los  
desestabilizaba  
No podían, no sabían, no querían aceptar  
¿pero cómo decir públicamente que no?  
Nuestros hermanos nunca los dejaron por imposibles  
Sabiéndolos enemigos, les tendieron la palabra  
en foros públicos, en publicaciones, en propuestas  
formales  
les fueron a buscar personalmente  
Eran palabras costosas, muy duras  
porque eran verdaderas  
les pedían conversión, pero también les juzgaban  
capaces de ella  
y en esas propuestas nunca faltaba un lugar para ellos

Nuestros hermanos fueron, Señor, tus profetas  
Tu pusiste tus palabras en sus bocas  
Ellos creyeron en la Palabra y por eso condenaron la  
guerra  
creyeron en la palabra como puente tendido  
como camino para el entendimiento  
como cauce para crear la vida  
Creyeron en la Palabra porque creyeron en el otro  
creyeron en el pueblo y en los dirigentes populares  
en las organizaciones revolucionarias  
pero también creyeron en los enemigos: en los  
gobernantes de Estados Unidos  
en los militares, en los de la empresa privada  
y hasta en los de los partidos de ultraderecha que  
sostenían escuadrones de la muerte  
Creyeron en contra de evidencias, esperaron a pesar  
de todo  
y en todo momento se esforzaron por encontrar  
indicios de apertura al diálogo  
Fueron, Señor, tus testigos. Ellos dijeron tu nombre y tu  
ubicación:  
Te señalaron como el Dios de los pobres  
Proclamaron tu designio: el bien de todos desde el bien  
del pueblo  
Pero también tu camino: La negociación de todas las  
partes  
incluso cediendo algo de la justicia para no excluir a los  
opresores  
para que al experimentar ellos la alegría de sentarse a  
la mesa común  
fueran cediendo poco a poco sus privilegios injustos  
ante el gozo de la vida compartida

Ahora, Señor, que están muertos  
¿tenemos que llamarlos ilusos?

¿Su muerte demuestra la inutilidad de las palabras y la  
necesidad del fusil?

Tú nos hablaste a través de sus vidas ¿qué nos dices  
con sus muertes?

Nos dices sin duda, Señor, que no tienes más  
propuesta que ésta

por la que nuestros hermanos dieron su vida.

En ellos te has manifestado como el que sigues  
creando vida

por medio de la Palabra

La Palabra era la luz que alumbra a todo ser

La Palabra se encarnó en la historia humana

La asesinaron. Pero tú la hiciste resurgir de la muerte

para que ya resuene siempre en nuestra historia

Tu Palabra resonó en las vidas de nuestros hermanos

Como a Jesús, los mataron

Por él sabemos que fue un gesto desesperado de  
impotencia

Sobre esa inutilidad, colmada de tristeza, de los  
asesinos

quedan, tendidas para siempre, las palabras de los  
mártires

que siguen tomándolos en cuenta, invitándolos a  
negociar

llamándolos para siempre a la conversión

haciéndoles ver que es posible

Y ahora son nuestras palabras las que recogen las  
suyas

que son las tuyas, Señor,

Son nuestras pobres palabras las que tienen que  
anunciarte

como Dios de los pobres

como Dios también de nuestros hermanos los mártires

Danos, Señor su paciencia tenaz, que fue su amor

Te lo pedimos por ellos, por nuestros amigos los  
mártires, por tantos testigos

por el Testigo Fiel, Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

(Escrito en noviembre de 1989)